

Asustábale la idea de internarse en aquella obscuridad; sin embargo, cierta tarde en que el calor era excesivo y un viento abrasador soplaba de la pradera, entramos á caballo por la espesura.

Nos detuvimos á la orilla de un estanque que reflejaba los caballos y nuestros rostros, y permanecimos allí un instante silenciosos como si nos hallásemos bajo las imponentes bóvedas de una catedral gótica.

La frescura del ambiente refrigeraba nuestros pulmones; filtraba la luz del día á través del follaje, y pájaros ocultos en la arboleda gritaban: «¡No! ¡no!» como si nos exhortasen á que no fuésemos más lejos.

Abandonamos, pues, la umbría floresta, y luego nos hallamos otra vez en la pradera, envueltos por el sol y la ardiente brisa. El panorama que se extendía á nuestros ojos era inmenso y brillante.

Pollos silvestres revolcábanse en el césped y en pequeñas elevaciones de terreno ocupados por perros de pradera, que huían apenas nos acercábamos. Algo más lejos los jinetes rodeaban la caravana.



CAPÍTULO CUARTO

LEGAMOS por fin al Missouri. Los indios escogen generalmente esta época para cruzarlo y caer sobre las caravanas. La defensa es más difícil cuando algunos carros están en una orilla y los otros en el río, pues los animales de tiro, que son duros de cerviz, forcejan por pasar y se produce el desorden entre la gente.

Dos días antes de llegar al río observé que nos seguían espías indios: en su virtud tomé todas las precauciones convenientes, y dirigí el convoy al estilo militar. No permití que los carros permaneciesen en la pradera, como

dejé se hiciese al Este del Iona: los hombres debían estar juntos y prontos á combatir.

Al llegar á la ribera encontramos un vado, y mandé que dos divisiones, fuertes de sesenta hombres cada una, se atrincherasen en cada orilla, en pequeños fortines, á fin de proteger el paso contra los bandidos. Los otros ciento veinte emigrantes debían seguir el convoy. Mandé avanzar sólo algunos carros á la vez á fin de evitar el menor desorden. Gracias á esta organización todo se hizo metódicamente, y el ataque fué imposible, pues los asaltantes hubieran debido apoderarse de uno ú otro atrincheramiento antes de poder atacar á los que cruzaban el río.

Que estas precauciones distaban mucho de ser superfluas, lo demostró dos años más tarde la muerte de cuatrocientos alemanes asesinados por los kowas en el sitio donde hoy se levanta Omaha.

Por lo demás, mis hombres habían oído repetidas veces noticias venidas del Oeste, confirmando los terribles peligros que amenazan á la caravana en el momento de atravesar las amarillentas aguas del Missouri. Viendo la firmeza y facilidad con que había resuelto el problema fui objeto de confianza ciega, y en aquellas praderas empezaban á considerarme como un espíritu superior.

Esas alabanzas y ese entusiasmo por mi persona llegaron á oídos de Lillián, y pude

ver en sus ojos enternecidos que era yo para ella un héroe legendario. Tía Atkins le dijo:

—Si el polaco está contigo podrás dormir bajo la lluvia, pues no permitirá caiga sobre ti una sola gota de agua.

El corazón de Lillián saltaba de gozo. Durante el paso del río sólo pude estar con ella breves instantes, hablándole más con los ojos que con los labios. De día iba yo á caballo de una á otra ribera, apresurando el paso del convoy, pues deseaba salir lo más pronto posible de aquellas aguas amarillas que arrastraban árboles podridos, hojas, hierbas, y ese limo malsano del Dalcota infestado de fiebre.

A más de que los hombres estaban rendidos por tantas noches en vela, los caballos á su vez caían enfermos á causa de aquella agua insalubre, que debíamos hervir varias veces antes de emplearla.

Al cabo de ocho días todos estábamos por fin en la orilla derecha del río sin que hubiese sufrido desperfectos un solo carro. Tuvimos que lamentar la pérdida de siete mulos y caballos, muertos por las flechas que nos lanzaron el primer día. En cambio mis hombres, siguiendo la bárbara costumbre de las praderas, mataron y desollaron á tres indios que se atrevieron á mezclarse entre los mulos. A la mañana siguiente se nos

presentaron seis guerreros de Bloody Tracks, de la tribu de los pawnees. Sentáronse junto á nuestras fogatas con aspecto terrible, reclamando caballos y mulos como compensación de los indios á quienes mis hombres habían dado muerte. Declararon que en caso de negativa nos atacarían inmediatamente quinientos guerreros.

A los quinientos guerreros no les di gran importancia, pues mi convoy estaba acampado con el mayor orden y lo protegían excelentes trincheras. Comprendí desde luego que la visita de los parlamentarios obedecía al propósito de los salvajes de hallar pretexto para atacarnos y librarse de la responsabilidad de ser ellos los causantes del conflicto. Los despedí al acto y á cajas destempladas á no desear enseñarlos á Lillián. Mientras permanecían sentados cabe al fuego, inmóviles, clavada en las llamas su vista brillante, Lillián, del interior del carricoche, miraba con vago terror sus vestidos de los que colgaban largas trenzas de cabellos, sus mazas de combate cuyos mangos habían adornado con plumas multicolores, y sus rostros pintados de negro y rojo en señal de guerra. Despreciando tales amenazas, rechacé enérgicamente su petición, y pasando de la defensiva á la ofensiva les dije que si desaparecía uno solo de los mulos del convoy yo, yo mismo iría hasta el cora-

zón de su tribu y aplastaría en la llanura los huesos de los quinientos guerreros.

Logrando á duras penas reprimir su rabia, partieron blandiendo las mazas de combate en señal de que su misión había fracasado. Para que mis palabras quedasen indeleblemente grabadas en la memoria de los embajadores, doscientos de mis hombres, previamente dispuestos, salieron corriendo de entre los árboles que los escondían, avanzaron gritando y, haciendo resonar las armas, quedaron formados en línea de combate. Esta rápida maniobra causó profunda impresión en el ánimo de los salvajes guerreros.

Pasadas algunas horas Enrique Simpson, jefe de los destacados á explorar los movimientos de los salvajes, llegó corriendo, á decirme que los indios en número crecidísimo avanzaban contra nosotros. De antiguo conocía las costumbres guerreras de aquellos pueblos salvajes, por lo que no me inquietó la noticia, pues constábame quedaría reducida á simple amenaza, ya que los indios, armados de arcos y flechas, guardaríanse de desafiar nuestras hermosas carabinas de gran alcance. Así se lo manifesté á Lillián deseando tranquilizarla; temblaba cual en otoño las hojas de los árboles. De mis hombres ni uno solo dudaba de la inminencia del combate. Los más jóvenes, en quienes despertaba el ardor bélico, lo anhelaban. Mi-

nutos después oímos los gritos de los pieles rojas que, distantes apenas un tiro de fusil, buscaban un momento oportuno para caer sobre nosotros.

Al anoecer encendimos grandes hogueras que, consumiendo algodones y sauces, mantuviéronse vivas hasta la madrugada. Los hombres, arma en brazo, velaban en torno los furgones; las mujeres reunidas rezaban; los mulos que no fueron, cual solían, apacentados, atados tras los carricoches piafaban impacientes y mordíanse unos á otros. Ladraban los perros olfateando la presencia de los indios. En resumen, en nuestro campamento reinaba una algarabía infernal. Durante los breves momentos de silencio oíamos los tristes y espantosos aullidos de las avanzadas indias, que se llamaban con lúgubres voces.

Sería la media noche cuando los indios intentaron incendiar la pradera, pero la hierba era joven, hierba de primavera, y á pesar de no haber caído una gota de agua hacía tiempo, el fuego no prendió.

Cabalgando por el campo antes de esconderse el sol vi á Lillián. Rendida por el cansancio, dormía. Réclinaba la cabeza sobre las rodillas de la tía Atkins, la que armada de descomunal cuchillo, juraba exterminar la tribu entera si un indio osaba acercarse á su idolatrada sobrina.

Y yo contemplaba aquel rostro encantador, no sólo con los sentimientos de un corazón que ama, sino con ternura casi maternal, y al igual que tía Atkins, hubiera muerto y despedazado al que osara amenazar mi único tesoro. Porque ella era mi alegría y mi esperanza. Sin ella presentía una vida negra, errante, sin hogar, llena de peligrosas aventuras. ¿No tenía ante mí la prueba evidente? La llanura, el ruido de las armas chocando contra el arzón, las noches pasadas á caballo, los combates con los pieles rojas... y contrastando con tanta inquietud y peligros tantos, la paz, simbolizada por el sueño apacible de aquella criatura encantadora, que depositaba en mí tal confianza que bastó mi palabra para convencerla de que no habría combate, y durmióse tranquila, feliz, cual bajo el techo del hogar paterno.

Comparaba esos dos cuadros, y por primera vez sentía que era amarga mi vida aventurera y sin mañana, y que lejos de Lillián no encontraría felicidad ni paz. ¡Si estuviésemos en California, pensaba yo; si al menos estuviésemos en California! Pero apenas habíamos recorrido la primera mitad del camino, que era la mitad más fácil, la menos penosa, y ya la fatiga marcaba sus huellas en aquel hermoso rostro pálido... Sin embargo, al fin del viaje nos esperaba con los

brazos abiertos una comarca cobijada por cielo siempre azul y eternamente vestida de primavera. Así pensando, despojéme del abrigo de piel de búfalo, y despacio, cuidadosamente cubrí los piés de la niña dormida, para que no la dañara el frío de la noche, y saltando sobre mi caballo volví al extremo opuesto del campamento.

Ya era tiempo, pues levantábase del río densa niebla que perezosa se extendía por la llanura. Los indios podían aprovecharse de ella para avanzar sin ser vistos. Las hogueras disminuyeron paulatinamente en intensidad, y acabaron por morir. Pasó una hora: la niebla lo envolvía todo, y los hombres apenas separados, no se veían unos á otros. Di la orden de gritar cada minuto, y pronto se oyó en el campo el grito repetido siempre igual de «Sin novedad,» que pasaba de boca en boca como las palabras de interminable letanía.

En el campo indio reinaba tal silencio que dijérase habían muerto sus hombres. Aquel silencio acabó por inquietarme. Al despuntar la aurora sentímonos presos de profundo decaimiento. Dios sabe cuantas horas habían pasado mis hombres sin conciliar el sueño: además, la humedad, que era excesiva, entumecía nuestros miembros: ¿no sería preferible, préguntábame, que en vez de permanecer inactivos esperando que á los indios

se les antoje avanzar, los atacásemos de improviso dispersándolos y persiguiéndolos?

Esta idea era no sólo hija de la imaginación de un aventurero audaz, sino también consecuencia de maduro raciocinio, pues un ataque atrevido, coronado por el éxito, nos daría tal nombre y fama que corriendo de tribu en tribu, todos los salvajes nos respetarían y nos aseguraba vernos libres de sus ataques durante largo tiempo. Dejando en el campamento ciento treinta hombres á las órdenes de Smith, buen conocedor de la llanura, mandé á otros cien que cabalgaran, y avanzamos con precaución y alegría. El frío era intenso, y moviéndonos al menos lográbamos reaccionarnos, entrar en calor. Distábamos dos tiros de fusil del campo enemigo cuando ordené avanzar á galope tendido: en medio de nutrido fuego de tercerolas caímos como alud sobre el campo de los salvajes. Una bala, disparada por un mal tirador que se hallaba entre nosotros, pasó silbando á mis oídos y me rozó el kepis.

Distábamos sólo un tiro de fusil de los indios, y aún éstos ni siquiera soñaban en la posibilidad de ser atacados, pues con seguridad nosotros fuimos los primeros emigrantes que nos atrevimos á tomar la ofensiva contra aquellas tribus reinas de la inmensa llanura. Al ver nuestra acometida, primero les paralizó el terror, luego huyeron á la desbandada

aullando como fieras heridas y dejándose matar sin defenderse. Un grupo de ellos acorralados junto al río y sin retirada posible, se defendieron con heroísmo y antes que rendirse prefirieron arrojarse al agua y perecer.

Sus lanzas, cuyas agudas puntas son de asta de ciervo, y sus mazas de piedra dura, no eran peligrosas, pero servíanse de ellas con suma habilidad y destreza. Hice prisionero á un famoso jefe salvaje á quien desarmé de un hachazo durante la lucha.

Nos apoderamos de algunas docenas de caballos; pero eran tan salvajes y viciosos que nos fué imposible utilizarlos. Hicimos también algunos prisioneros, todos heridos. Mandé que fuesen asistidos y curados, y luego, á petición de Lillián, les di la libertad, regalándoles vestidos, armas y caballos. Estos pobres salvajes, creyendo les atormentaríamos, sentados sobre las hierbas habían empezado á cantar sus monótonas canciones de muerte. Al verse libres el terror les impidió moverse: imaginaron que los soltábamos para luego entretenernos cazándolos cual suelen hacerlo los indios salvajes, pero convencidos de que no les amenazaba el menor peligro, alejéronse pregonando nuestra bravura y la bondad de la «flor pálida,» nombre con que apellidaron á Lillián. Y sin embargo, este día acabó con un triste acon-



Huyeron aullando como fieras heridas, dejándose matar sin defenderse.

tecimiento que amargó la alegría de tan importante victoria.

En nuestras filas no debimos lamentar ni un muerto, pero sí algunos heridos. De estos el más grave fué Enrique Simpson, que durante el combate había luchado con bravura indecible.

Al anoecer su gravedad aumentó. Sintiendo morir rogó me acercase á su lecho, pues quería confiarme un secreto. Pero el desventurado no pudo hablar, pues un certero golpe de mazo le había roto la mandíbula.

Con voz apenas perceptible murmuró: «¡Perdón, mi capitán, perdón!» Le agitaron las postreras convulsiones y expiró. Recordando la bala que por la mañana pasó silbando junto á mi cabeza, adiviné lo que quiso decirme. Y le perdoné cual debe perdonar un buen cristiano. Constábame que se llevaba al sepulcro un profundo é ignorado amor á Lillián, y supuse que había luchado buscando la muerte.

Murió á media noche: cavamos su tumba bajo las ramas de un inmenso algodonero, y sobre la tumba planté una cruz.

